

Sin aparente relación con los textos anteriores, el profesor García Delgado pone punto final al libro con un extenso comentario sobre «La agricultura en el desarrollo capitalista español, 1940 - 70», obra de J. M. Naredo y otros autores, aparecida en diciembre del 75.

Las coordenadas en las que se sitúa la cuestión agraria en este comentario abarcan una nueva etapa en la Historia, en la que va a producirse el paso de una economía natural agraria a una economía agraria de tipo industrial. Transición que, de hecho, todavía no ha culminado.

Ciñéndonos a la reseña que hace García Delgado sobre la obra de Naredo, Leal, Leguina y Tarrafeta, señalamos la contribución de ésta a desautorizar uno de los tópicos más característicos de nuestra historia: la idea de que la agricultura ha frenado el desarrollo industrial.

El modelo teórico que los citados autores han elaborado acerca de las funciones que el sector agrario desempeña con relación al desarrollo industrial, aplicado al caso español prueba la falsedad de tal afirmación, ya que el «campo» ha sido en estas últimas décadas la principal fuente de recursos de la industria, al margen —claro está— de la inversión extranjera, turismo y remesas de emigrantes.

Los excedentes económicos que genera el sector agrícola en los años 40, el ahorro de los agricultores y, sobre todo, los grandes beneficios que la política de precios proporciona a los grandes empresarios agrícolas, son transferidos a lo largo de estos

años y siguientes al sector industrial. Asimismo, la población agrícola se convierte, por una parte, en reserva de mano de obra para la industria, alimentando una oferta de trabajo que alivia la presión de posibles conflictos laborales; por otra parte, en mercado potencial de los productos de esa industria naciente.

Así pues, el trasvase de capital y recursos de un sector a otro durante los últimos años va a propiciar el tránsito desde la economía natural agraria —la agricultura es el sector de mayor peso específico— a una economía agraria de carácter industrial. En este estadio, la agricultura se convierte en importadora de capital, invirtiéndose el proceso anterior, y su papel en el conjunto de la actividad económica se reduce a abastecer la demanda de productos agrarios y ampliar el mercado interior. ■

BEL CARRASCO.

EL PENSAMIENTO NACIONALISTA VASCO

Una nueva tesis doctoral que considerar entre aquellas que de un modo u otro nos hablan del País Vasco. Si el hecho de tratarse de una tesis doctoral con cierta frecuencia no indica de por sí gran cosa sobre la calidad de un trabajo (pues la realización de las tesis se inserta en un sistema de «meritocracia» donde éstas se han convertido en un trámite cuando no en obstáculo burocrático para acceder a determinadas situaciones laborales), sí proporciona por el contrario, en otras ocasiones, noticia de un importante grado de interés en la comprensión del tema por parte del autor y de su intento de hacer cuando menos una obra sólidamente documentada. La tesis de **Juan José Solozabal**, cuya versión aligerada se ha publicado con el título «**El primer nacionalismo vasco**», pertenece a este segundo grupo de trabajos.

El estudio arranca tras una introducción en la que se nos ofrece un resumen de lo que van a ser cada uno de los capítulos siguientes, con la consideración del tema nación-nacionalismo - conciencia nacional, y en él trata de ofrecer un marco de referen-

cia teórico para la comprensión de la problemática del nacionalismo. Es éste el capítulo más flojo de la obra, pues el considerar el nacionalismo como «un estado de espíritu de la gran mayoría de un pueblo», no ofrece mucha capacidad operativa para la clarificación de un caso concreto, pues con ello parece diluirse en abstracto el proceso de modificación del nacionalismo y la existencia de nacionalismos - señoriales, nacionalismos - burgueses, nacionalismos - campesinos..., cada uno de ellos con unos intereses de clases bien diferenciados. Todo historiador de estos temas ve movilizarse cada clase, tanto por sus intereses cultural - nacionales, como por los intereses específicos de la clase social correspondiente, lo cual, a su vez, permite una mayor clarificación en el estudio de los planteamientos nacionalistas, que si se parte del nacionalismo como un concepto unitario.

De un modo u otro, Juan José Solozabal se hace consciente de esta necesidad, pues al hablarnos de la capacidad sugeridora de los trabajos de Pierre Vilar, nos dice: «Se necesitaba para que surgiera la conciencia nacional, la voluntad política de nación, hechos diferenciales, forjados históricamente, y presentados como acreedores de relevancia política por **una determinada clase social, la hegemónica**, en una coyuntura apropiada» (el subrayado es nuestro).

Tras la introducción y este primer capítulo dedicados a consideraciones que podríamos calificar de tipo general, el autor entra propiamente en el tema, que será desarrollado a lo largo de cuatro capítulos: dos de ellos, obligados por la aceptación de las sugerencias de Pierre Vilar que acabamos de mencionar, son los que tratan de la plataforma económica del industrialismo vasco y de las consecuencias del impacto industrial vasco; los dos capítulos siguientes se sitúan en un nivel diferente, estando dedicados a los fueros y sus crisis, y al análisis del planteamiento de Sabino Arana, figura preeminente de cierto tipo de planteamiento nacionalista, respectivamente.

El tema de la industrialización vasca y sus efectos era un tema que ya había sido tratado por Juan Pablo Fusi, y cuya importancia para la comprensión del primer nacionalismo vasco fue puesta de relieve por

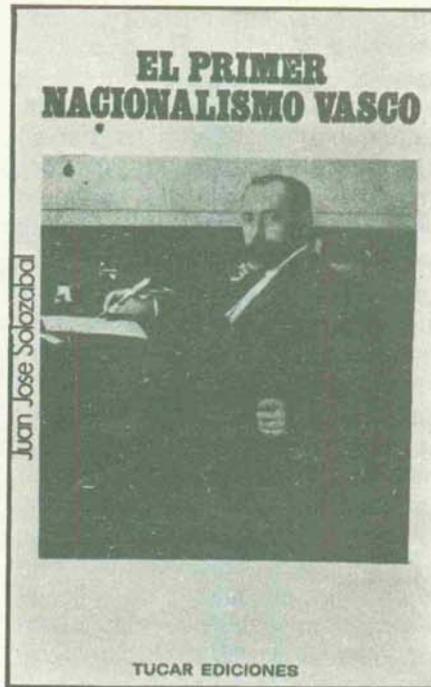


Antonio Elorza. Este autor describe la industrialización del País Vasco como un proceso de crecimiento y concentración industrial, que en un cuarto de siglo consume la fusión del capital industrial y el capital bancario en un capitalismo monopolista que tiene como correlato la aparición de una clase hegemónica burguesa, cuyo poder se ejerce sobre un mercado nacional español, y en el marco de un Estado cuya imagen responde a sus aspiraciones en la medida que proteja este mercado y mantenga la estabilidad de las relaciones sociales de producción.

Una de las posturas que surge como consecuencia de los conflictos políticos y sociales determinados por la industrialización, fue el «antimaketismo» (se denominó «maketo» a la mano de obra no vascongada que acudió ante la posibilidad de abundancia de puestos de trabajo creados por el desarrollo industrial) que, como ha señalado el propio Antonio Elorza, forma el «eje de la ideología nacionalista que comienza a germinar en la década de 1890, como expresión del rechazo de los resultados de la industrialización por parte de las clases medias ajenas al sistema de poder surgido del crecimiento», si bien el nacionalismo vasco en su evolución planteó, en la última década del siglo XIX y primeros del XX, multitud de matices que iban desde el regionalismo al racial integrismo, por sólo citar dos casos.

Sobre este tema, Miguel de Unamuno señalaba en su artículo «El antimaketismo», publicado por «Heraldo de Madrid», de 18 de septiembre de 1899 (y que podemos ver recogido en la selección de textos unamunianos realizada por Pedro Ribas, que reseñamos en el número 22 de TIEMPO DE HISTORIA: «Hoy tal vez sea Bilbao la población española en que sobre más capital, ya que no riqueza (...). Y como en todos los pueblos en que se llegó a este punto crítico, la demanda de trabajo se restringe y sufre grandes oscilaciones, las crisis se hacen endémicas, encarecen la vida y se quedan multitud de jóvenes sin colocación», concluyendo más adelante, no sin cierta ironía: «Es que los colaboradores de la producción se han dejado sentir como concurrentes al consumo; es que hay que repartir el trigo entre los segadores y tocan a poco».

El principal representante de la tendencia «antimaketa» fue Sabino



Arana Goiri que, como ha puesto de manifiesto Juan José Solozabal en el magnífico estudio que dedica en su obra al pensamiento de éste, representa el racial - integrismo, base de una exaltación nacionalista llevada a la xenofobia y que conduce a Arana a interpretar el problema vasco como un problema de recuperación étnico-cultural: «Libre e independiente del poder extraño vivía Bizcaya, gobernándose y legislándose a sí misma, como nación aparte, como Estado constituido; y vosotros, cansados de ser libres, habéis acatado la dominación extranjera, os habéis sometido al extranjero poder, tenéis a vuestra Patria como región de país extranjero y habéis renegado de vuestra nacionalidad para aceptar la extranjera».

Para Arana, las causas de la situación de Vizcaya son la mezcla racial, el contacto con el pueblo español, lo que, según él, condujo a la degeneración moral y étnica del pueblo vasco.

La raza no se define para Arana como un problema de superioridad física, sino como una excelencia moral. El integrismo religioso de su planteamiento viene aquí a jugar una fuerte baza, lo que le hace afirmar del «maketo» un carácter «impío e in-moral»: «Proclamo el catolicismo para mi Patria, porque su tradición, su carácter político y civil, es esencialmente católico; si no lo fuere lo reclamaría también, pero si mi pueblo se resistiera, renegaría de mi raza; sin Dios no queremos nada». Su pensamiento se condensa en el

lema «Jaugoikoa eta Lege zarra» («Dios y Ley Antigua»), lo que por otra parte no es sino una variante del lema «Jaugoikoa eta Foruak» («Dios y Fueros») de los carlistas.

Pero bajo el planteamiento racista - integrista, subyace un claro planteamiento pequeño - burgués: «El "baseritar" (el aldeano) que baja a la ciudad, a la cantera, a la mina, a la obra, baja cansado por la necesidad y busca de trabajo para vivir, y topa con la plaga de los chinos (...) y entre padecer hambre y sed y persecución por parte de los chinos, el "baseritar" embarca y marcha a perderse en las multitudes de otro mundo, sin familia ya y abandonando su Patria...».

Sobre el pensamiento aranista, el estudio de Juan José Solozabal plantea, por último, el cambio operado por Arana en su orientación, cambio que habría comenzado cuando menos en 1897, momento en el que sin renunciar a la afirmación de Patria Vasca, ni a la incompatibilidad entre el espíritu euskariano y el «maketo», cambia el acento desde la reivindicación política y la denuncia del asimilismo españolista, a la profundización en la peculiaridad vasca, a lo cultural, a lo idiomático y a la afirmación en conjunto de sus caracteres diferenciadores.

Tras el capítulo dedicado a Arana, el autor establece unas conclusiones finales que, en cierto modo, resumen a nivel teórico lo que ha sido la investigación efectuada por él.

Por nuestra parte, no queda sino señalar la importancia de esta obra, que si bien en ocasiones resulta desigual en la profundización de los distintos aspectos, es sin lugar a dudas un libro de obligada consulta, especialmente en lo tocante al pensamiento aranista y al papel jugado por éste en el conjunto del pensamiento nacionalista vasco.

Pese a la reciente publicación de varias obras sobre estos temas, el hecho de presentar el nacionalismo vasco multitud de matices y de ser —como todos los nacionalismos— un fenómeno esencialmente dinámico, da idea del ingente trabajo que espera a los estudiosos. Con todo, tanto Juan José Solozabal como Pablo Albadalejo, en las frases en euskera que prologan sus obras (tomadas de José María Iparragirre y un texto del s. XVI, respectivamente), parece como si se hubieran querido señalar a éstos un camino por hacer:

«Gazte gaztetandikan / erritik Kanpora / estranjeri aldean / pasa det denbora / erialde guztietan / toki onak badira / bañan biotzak dio /: «Zoaz Euskalerrira» / /.» («Desde muy joven he pasado el tiempo fuera del país, en el extranjero; en todas partes hay sitios buenos, pero el corazón dice: "¡Ve a Euskalerría!"»). «¡Heuskara, lalgi adi Mundura!» («¡Eúskara, sal al mundo!»). ■ **LUIS GALIANO.**

LA MEDICINA DE LA RECONQUISTA

«...Debido al mucho escándalo y al gran peligro en el que se ponen sus almas, es por lo que consideramos como un abuso detestable la costumbre de ciertos cristianos que... llaman para curar sus cuerpos a médicos hebreos y sarracenos... no teniendo en cuenta la malicia de esos médicos, los cuales, so capa de la medicina, y la cirugía, se insinúan y castigan al pueblo cristiano... Por ello mandamos que ningún cristiano... llame a ningún sarraceno o hebreo para recibir de él cuidado médico» (Concilio de Salamanca, 1335).

A menudo, se suele hacer aparecer el desarrollo histórico de las ciencias o de la técnica como un proceso acumulativo según el cual en cada campo del saber científico se irían sedimentando poco a poco las aportaciones de cada cultura, de cada experiencia, hasta dar como resultado de tal sumatorio el estado actual de la ciencia. Hace aparición de esta forma un «*homo scientificus*», llamémoslo así, en todo semejante al «*homo economicus*» de la economía política burguesa, que mediante un «esto quiero, esto no quiero», iría escogiendo de cada aportación cultural lo válido, los conocimientos positivos, y desechando lo incorrecto, lo negativo, lo que no constituye «verdad científica».

Por el contrario, la historia de las ciencias es el escenario de un enfrentamiento radical entre intereses sociales contrapuestos. Es este enfrentamiento el que impone al conocimiento científico sus avances y retrocesos, sus influjos y reflujos, sus zigzags. El poner en claro esta tesis es probablemente el mayor mérito de la «**Historia social de la Medi-**

cina en la España de los siglos XIII al XVI», de **Luis García Ballester** (1).

Tomando como base una amplísima documentación basada en textos de la época, García Ballester expone las influencias que tuvo sobre la Medicina de la España de la Reconquista la superposición de dos culturas (la hebrea y árabe, por un lado; la cristiana, por otro) en los territorios fronterizos, que conllevan dos actitudes radicalmente opuestas sobre la manera de concebir la medicina.

Frente a la orientación marcadamente pragmática de la medicina árabe y judía, una medicina de carácter escolástico - cristiano, apoyada y potenciada de forma conscientemente beligerante y agresiva por la Iglesia, intentará a lo largo de tres siglos imponer su hegemonía. «...La existencia de un elemento musulmán, la presencia de una comunidad judía y la introducción en ambas del nuevo factor cristiano-escolástico. Todo ello va a originar una serie de tensiones... En este contexto sufrió un proceso de desintegración la medicina judeo-árabe.»

Apoyándose en la influencia política de la Iglesia, los médicos cristianos iniciarán una amplia campaña en pro del control ideológico cristiano sobre la enseñanza de la Medicina. Contra la enseñanza liberal, descentralizada, práctica, transmitida en las *ma-*

(1) «**Historia social de la Medicina en la España de los siglos XIII al XVI**» (vol. 1), por Luis García Ballester. Akal Editor. Madrid, 1976. 217 págs.



drasas por los musulmanes, la Iglesia terminará por imponer la institucionalización de la legitimidad del conocimiento por medio de Universidades, Studiums Generales y tribunales de examen. Estos, compuestos principalmente (en teoría) y totalmente (en la práctica) por cirujanos cristianos, tenían la prerrogativa de decidir si otorgar o no al médico musulmán la posibilidad legal de ejercer su profesión. Este tipo de control ideológico (el examen no era sólo sobre medicina, sino también sobre metafísica, filosofía, etc., según las pautas universitarias europeas) fue el primer jalón de un proceso doble de asimilación y despres-tigio que colocará al médico musulmán entre el dilema de renunciar a su tradición cultural de origen y su conversión a la escolástica cristiana, o quedar rebajado a la condición de mero «curandero».

A partir de la creación de la Santa Inquisición, el dilema dejará de ser tal, pues el médico musulmán estará sometido a un continuo estado de excepción que puede hacer caer sobre él la acusación de encantamiento, superchería o hechicería en cualquier momento.

García Ballester pone bien claro el carácter radicalmente regresivo impuesto por la Iglesia cristiana, principal instigadora del proceso. Esta tendrá en San Vicente Ferrer uno de los pilares básicos para su agitación en pro de la xenofobia antijudía y antimusulmana: «Que los judíos y moros estén separados y no vivan entre cristianos. No mantengáis a los médicos infieles, no les compréis alimentos, que permanezcan encerrados y emparedados, pues no tenemos mayores enemigos».

Este proceso de desintegración de la medicina (y, por extensión, de la cultura) judía y musulmana vetará a los cristianos la posibilidad de acceder de manera directa a los manuales griegos de medicina, y les impondrá una actitud marcadamente reaccionaria ante el saber científico. Por otro lado, pocas dudas pueden haber respecto de la competencia profesional de los médicos judíos y musulmanes cuando, aún en medio de la contienda social entre ambos bandos, las altas personalidades políticas cristianas, incluyendo el rey, no vacilaron en reclamar la presencia de los *metges* y *metgesas* moros en casos de grave enfermedad.

García Ballester habla de la existen-